

NECROLÓGICA

ARCHIVO ESPAÑOL DE ARTE, XCVI, 383

JULIO-SEPTIEMBRE 2023, pp. 355-356

ISSN: 0004-0428, eISSN: 1988-8511

<https://doi.org/10.3989/aearte.2023.48>

Necrológica / Obituary: *Francisco Javier de la Plaza Santiago* (San Mamés de Campos, Palencia, 1938-Valladolid, 2023)

Francisco José Galante Gómez¹
Universidad de La Laguna



Francisco Javier de la Plaza Santiago
(Foto: Luis Laforga)

Poco después del fallecimiento de mi queridísimo amigo y profesor Francisco Javier de la Plaza Santiago, recibí el encargo de la revista *Archivo Español de Arte* para redactar la nota necrológica de su óbito que, habitualmente, publica la prestigiosa publicación en esta sección dedicada a aquellos profesores e investigadores destacados de nuestra disciplina. Acepté de inmediato. Sin pensarlo. Luego, cuando recapacité en mi repentina decisión, confieso que me arredré debido a la enorme responsabilidad adquirida. Aún dudo que cualquier texto que escribiese hubiese hecho justicia a la enorme capacidad humana y científica que poseía Francisco de la Plaza, el profesor de profesores, el humanista inquieto, la personificación de la cultura en todas sus manifestaciones, el hermano, el referente, el faro que me ha guiado, el sabio... Me produce pavor la sensación de defraudar las posibles expectativas que este sencillo texto pueda generar, siendo plenamente consciente de que jamás hará méritos a sus indescriptibles virtudes humanas y cualidades científicas. Como sabemos, las palabras, al igual que los sentimientos y las emociones, son muy complicadas de asociar, de estructurar.

El profesor De la Plaza Santiago realizó una fecunda labor docente e investigadora desde que finalizó sus estudios de licenciatura en 1968, incorporándose de inmediato como profesor adjunto a la cátedra de Historia del Arte de la Universidad de Valladolid, en la que se doctoró en 1973 con una implacable tesis doctoral denominada *Investigaciones sobre el Palacio Real Nuevo de Madrid*, publicada en 1975, que recibió todo tipo de menciones y reconocimientos científicos. Un año más tarde, obtuvo por oposición la plaza de profesor agregado en la Universidad de Murcia, y en 1980 logró la cátedra de Historia del Arte en esta universidad. Al siguiente año, se reincorporó, también en calidad de catedrático, a la universidad vallisoletana, en la que permaneció hasta su jubilación en el año 2008.

Una intensa actividad académica desarrollada durante cuarenta años, contrastada, avalada, además, con la dirección de la Cátedra de Historia y Estética de la Cinematografía, la dirección de numerosas tesis doctorales y cursos académicos, y en la participación como miembro en tribunales de oposiciones a cuerpos de catedráticos y titulares de universidad, así como en conferencias y cursos especializados, presentaciones de libros y prólogos de ediciones. En este sentido, no solo las acreditadas universidades de Valladolid y de Murcia permean en su airosa actividad, sino también la Universidad de La Laguna, en la que desplegó con gran diligencia sus inmensos saberes.

Cabe destacar, por otro lado, que fue codirector científico de la *Historia del Arte de Castilla y León*, una obra colosal en ocho volúmenes editada entre 1994 y 2000, cuyos contenidos aún siguen vigentes. Así como

¹ fagalan@ull.edu.es / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-3042-7622>.

miembro correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando; de número de la Purísima Concepción de Valladolid; y consejero cultural de la Diputación de Valladolid. Otros innumerables méritos académicos son mencionados en el libro *Estudios de Historia del Arte. Homenaje al profesor De la Plaza Santiago*, felizmente publicado en 2009 por la Universidad de Valladolid y la Diputación de la misma ciudad: una ejemplar y loable iniciativa llevada a cabo por sus compañeros del departamento de Historia del Arte de la referida institución universitaria. Hombre sabio en su práctica cotidiana, encontró un sentido pleno a su trabajo y fue muy rico en sus habilidades. En esta breve crónica que hace referencia a sus méritos y reconocimientos científicos, me gustaría captar, por otro lado, un fugaz retrato de su personalidad. Un personaje singularmente amable, cercano y de diálogo fluido.

Paco Plaza —como así le llamábamos amistosamente en nuestros círculos— era una persona de maneras exquisitas que poseía una vasta cultura, capaz de hablar de cualquier tema, eminente o simplemente cotidiano, con asombrosa lucidez y erudición. En su verbo sagaz, mezclaba, en ciertas ocasiones, la burla fina y disimulada, y el sentido de la vida vivo y retozado. En ese sentido, cuando le conocí en Valladolid, hace ya algunos años, y al salir del restaurante en el que me agasajó, con asombro y alegría se dirigió correteando a un colindante espacio infantil de juegos, deslizándose por el tobogán y meciéndose en el columpio. Un entusiasmo y una espoleada vitalidad que contagió a sus amigos más cercanos. Así no es de extrañar que sus referencias cotidianas preferidos fueran los cortometrajes de animación de la elegante Pantera Rosa, caracterizada por su elevada capacidad intelectual; la serie televisiva en formato de animación de los *Simpsons*, cuyas sátiras sociales concordaban con el timbre socarrón del profesor; y su “cerdoteca”, de la que presumía con gran alarde: animalitos de cerámica que colocaba sobre en su casa vallisoletana atiborrada de libros apilados por doquier.

Francisco de la Plaza era capaz, como nadie, de asociar esta actitud ante la vida con la del hombre erudito, juicioso y modesto. En cualquier lugar, en distintas situaciones, en diversas conversaciones grupales, la palabra del malogrado profesor era sincera e intensa, de una viveza atemperada por la naturalidad de los ritmos sincopados con su voz de baja intensidad; hablaba en timbres tenues, casi para no molestar. Era pura luz, destello luminoso en un mundo renegrido y lóbrego. No es nada común igualar la capacidad de transmisión de sabiduría, lógica y belleza que subyacía en la palabra de nuestro llorado profesor Paco Plaza.

Su vivaz *curiositas* le facultó para revelar la visión del mundo, para trasmitirla a sus entregados estudiantes, a sus abnegados amigos. En las clases, en los foros, en las tertulias, su palabra era solemne, brillante y perenne, y plena de libertad; hablaba y sabía escuchar. Tuvo una enorme capacidad para conjugar actualidad y pensamiento, el pasado con el presente, y las transversalidades de la cultura en general con las tendencias artísticas de todos los tiempos. Y de esta manera lo reveló en una de sus grandes pasiones: el cine. En esta pantalla filmó niveles de interpretación, articulaba e interpretaba discursos plagados de referencias, de nuevos enfoques y perspectivas.

En esta dirección fue capaz de construir paisajes propios por medio de secuencias infinitas. Las experiencias adquiridas las tejía y transmitía a sus lectores y alumnos por medio de evocaciones a la historia del arte. De tal manera, por ejemplo, *El tercer hombre* (1949), su película preferida, dirigida con gran proeza técnica por Carol Reed, con base al impecable guion de Graham Green, en la que el eminente profesor Plaza tendía puentes entre la trama del *film* y los entresijos del poder en todas sus épocas. Mi fiel amigo hilvanaba singulares paralelismos con su característica destreza y sabiduría. Sus aportaciones al estudio del cine fueron cruciales, así como la labor incansable dedicada a la difusión de esta disciplina: el profesor De la Plaza es todo un referente. Entre la multitud de cursos, conferencias y artículos, sobresalen, tal vez, las siguientes publicaciones: “La sombra inmóvil del que va a morir. Nota para una iconología del cine de Orson Welles”, “La frontera borrada: Bergman y Swedenborg. Una interpretación nórdica de la muerte”, “El «Teorema» de Pasolini: estructura, precedentes y correlatos” y “El cine como un Aleph”, en las que Francisco de la Plaza exhibe una extraordinaria observación, una actitud crítica desbordante que canaliza en análisis de distintos ámbitos y disciplinas de una originalidad y calidad inusitada.

Fue un lector empedernido. En su colmada biblioteca —el depósito de la memoria infinita— los clásicos ocupaban un lugar preferencial. Y, entre ellos, tuvo una especial predilección por Borges, una de las figuras claves de la literatura universal. El escritor argentino dijo en algún momento que “nos acercamos a los libros con un previo fervor y una misteriosa lealtad”, y así recuerdo a Paco en el oculto silencio cuando leía.

La ópera y la música, las exposiciones, los viajes... siempre dispuesto a disfrutar de las múltiples experiencias a través de su mirada limpia y aguzada. Francisco Javier de la Plaza Santiago llevaba dentro mucha poesía, y el don del talento y la placentera sensibilidad. Una persona inigualable que siempre permanecerá entre nosotros: perpetuar su memoria nos hará mejores personas. Ya nada es igual.